

Manuel Montero

COMERCIANTES E INDUSTRIALES

Burguesías y problemas empresariales
en el periodo de la modernización
económica del País Vasco

GRANADA
2021

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR: Rafael G. Peinado Santaella

(Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada)

CONSEJO ASESOR:

Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); John H. Elliott (*Regius Professor* de Historia Moderna de la Universidad de Oxford); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Philippe Sénac (*Professeur Émerite* de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



© MANUEL MONTERO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-6803-9

Depósito legal: Gr./305-2021

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. Crisis y prosperidad del comercio bilbaíno a mediados del siglo XIX.	13
CAPÍTULO II. La senda del progreso. Los principales problemas.	35
CAPÍTULO III. La ría de Bilbao y la modernización económica. Las transformaciones portuarias, 1878-1936	51
CAPÍTULO IV. El comercio del puerto de Bilbao después de la última guerra carlista	77
CAPÍTULO V. La primera modernización industrial y urbana	95
CAPÍTULO VI. Vitalidad comercial en las postrimerías del XIX. Alternativas al modelo de desarrollo	121
CAPÍTULO VII. Mineros, industriales y aranceles.	139
CAPÍTULO VIII. La política proteccionista	167
CAPÍTULO IX. La industria siderúrgica	201
CAPÍTULO X. Expectativas empresariales e infraestructuras de Altos Hornos de Vizcaya.	231
BIBLIOGRAFÍA.	257

PRÓLOGO

La industrialización del País Vasco, que tuvo su epicentro en Vizcaya, transformó profundamente sus bases económicas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Provocó una rápida modernización social y cultural, en una población que creció en muy pocas décadas.

La explotación sistemática de las minas, con vistas a la exportación de hierro a puertos europeos señaló el arranque del proceso. La inversión de los beneficios y la transformación de infraestructuras que provocó, fueron el punto de partida del proceso de industrialización. Las siderurgias de la margen izquierda del Nervión, la ría de Bilbao, representaron la renovación económica y gestaron uno de los principales emporios industriales de España. Esta dinámica dio lugar, a su vez, a la formación de un complejo ámbito empresarial, con nuevos bancos, compañías de seguros, navieras, hidroeléctricas, metalúrgicas y actividades de muy diverso tipo e implicaciones.

La emergencia industrial asentó a una élite burguesa renovada, particularmente minero-siderúrgica, que acumuló poder económico y político. Estuvo presente en los principales centros de decisión locales, tuvo influencia nacional y personificó la gestación de la nueva sociedad.

Este proceso de industrialización tuvo repercusiones en toda España y se caracterizó por constituir una ruptura brusca y por estimular una transformación acelerada. No cabe entenderlo a partir de la mera concurrencia de factores estructurales, pues no cabe prescindir de las personalidades y de los colectivos que protagonizan la historia. Fue el fruto de determinadas circunstancias, que gestaron oportunidades, y de las decisiones concretas de los grupos empresariales que las evaluaron, dentro del contexto político decimonónico.

Efectivamente, fue un fenómeno súbito, con efectos contundente a corto y medio plazo. No significa esto que careciese de complejidades, a partir de la intervención exclusiva de una nueva élite de perfiles lineales. Formó parte del proceso la participación de distintas burguesías, con sus propias especialidades e intereses. Su variada presencia en los cambios eco-

nómicos aportó una diversidad que resulta necesario resaltar para entender cabalmente este proceso histórico.

Este libro analiza las problemáticas económicas y empresariales que se plantearon en Vizcaya desde mediados del siglo XIX, cuando llegaron los primeros impulsos modernizadores. En el punto de partida no se encontraba propiamente una economía rural, sino una estructura productiva forjada sobre un capitalismo comercial bien asentado, por mucho que hubiese entrado en crisis a finales del siglo anterior. Nuevos elementos mercantiles, como el tráfico de cereal –al ritmo que marcaba la formación de un mercado nacional– proporcionaron una nueva época de prosperidad.

Comerciantes e industriales: a mediados del siglo XIX caracterizó a la burguesía bilbaína –el nombre sirve para personas, familias y grupos de distintas procedencias– la pluralidad de negocios y orígenes. Las transacciones mercantiles mantuvieron su dinamismo y adquirieron una mayor riqueza que en la tradición comercial, por mucho que con la exportación minera y el progreso siderúrgico perdieran importancia relativa, lo que explica que la historiografía no le haya prestado la debida atención. Importadores de maderas, de coloniales, comerciantes en productos alimenticios o farmacéuticos, entre otras actividades, conformaron ámbitos burgueses con influencia nítida en el desarrollo urbano. Además, tuvieron influencia en la modernización institucional de la economía vizcaína.

Fue desde su perspectiva que se produjeron los primeros avances que modernizaban la ciudad. También llevaron a cabo los análisis que a mediados del XIX evaluaron las posibilidades de avance económico, que temían pudiera colapsarse. Establecieron la necesidad de dotarse de conexiones ferroviarias con el mercado interior, la imposibilidad de mejorar las posiciones económicas si no se procedía a ensanchar el espacio urbano y la urgencia de solventar los problemas portuarios del Nervión, por entonces de pésimas condiciones e incapaz de acoger al tráfico marítimo desde que se propagase por Europa la revolución industrial británica. Tales análisis tuvieron particular importancia, sobre todo porque fueron seguidos de inversiones colectivas. En último término los principales beneficiados serían los nuevos negocios, vinculados al hierro, pero tales avances no serían comprensibles sin las iniciativas de los grupos comerciales, muchos de ellos de origen tradicional. Este relato presta particular atención a los problemas portuarios y la forma en que se afrontaron, pues fueron cruciales en la ruptura económica.

Los comerciantes, los mineros y los industriales participaron en un mismo modelo de desarrollo, con colaboraciones que pueden considerarse decisivas en la modernización económica. También discreparon: puede advertirse en las distintas posiciones que mantuvieron a finales de los

años ochenta sobre la cuestión arancelaria. Libremercado frente a proteccionismo: los análisis de los protagonistas permiten atisbar las distintas dinámicas que vivía el capitalismo local en aquel momento decisivo. En cualquier caso, no adoptan la forma de las tensiones graves. Eran meras divergencias en la visión empresarial. Imaginaban distintos modelos de desarrollo, pero participaron en el mismo proceso. Los comerciantes de cereales y, en general, de productos alimenticios preferían el libre cambio, pero su destino empresarial quedó ligado al crecimiento del consumo local, derivado de la expansión demográfica que alentaban el boom minero e industrial. Las discrepancias en burguesías que compartían los problemas básicos tenían envidia teórica, pero acabaron siendo de grado menor. Además, unos y otros colaboraron en bancos, corporaciones y distintas inversiones industriales. No desapareció la diversidad del mundo empresarial vasco, que crecía y asumía problemáticas distintas, pero con el paso del tiempo se impuso el liderazgo de los nuevos grupos minero-siderúrgicos, en cuyas filas no faltaban los de origen mercantil.

El debate libremercado-proteccionismo se solventó en el seno de la burguesía vasca por el lado de la protección, la aspiración de los siderúrgicos. La reivindicación se convirtió en exigencia con un amplio soporte empresarial, sin convulsiones internas dignas de mención. Dio lugar a un movimiento político de alcance, en el que la elite burguesa, de tradición fuerista, fue desplazándose hacia las formulaciones características del nacionalismo español. Por eso la vía proteccionista exige una detenida atención.

En los términos en que se planteó, la protección desplaza la atención histórica hacia la producción de hierro. La siderometalúrgica fue a finales del XIX y comienzos del XX la actividad que representaba el asentamiento industrial. Por ello, consagraba el poder económico de Vizcaya y de las burguesías locales con ella relacionadas. La importancia relativa que esta industria tenía en España, con un amplio dominio vizcaíno, permite abordar el análisis de las inversiones siderúrgicas, en particular las que confluyeron en Altos Hornos de Vizcaya: llegaría a ser la principal empresa industrial de España, pero presentaba algunas dependencias peculiares que limitaban sus capacidades de desarrollo.

El progreso económico requiere, así, un análisis diverso, que rehuya las versiones lineales y que resalte su diversidad y riqueza histórica.

CAPÍTULO I

Crisis y prosperidad del comercio bilbaíno a mediados del siglo XIX

El grupo profesional más numeroso entre los habitantes de Bilbao a mediados del siglo XIX lo formaban los artesanos, pero los comerciantes se veían como la clase principal y la representativa de la villa. Nadie les discutiría tal primacía ni cabe cuestionarla en el análisis histórico. Tenían razón en definir a Bilbao como una población comercial, pues de tal actividad dependía la prosperidad bilbaína. La suerte de todas las profesiones locales quedaba al albur de lo que traían y llevaban los barcos que recalaban en el Nervión. El comercio traía el bienestar: así había sido históricamente y, según se creía, así continuaría sucediendo en el futuro.

Los comerciantes bilbaínos tenían una precisa imagen de su carácter, que a su juicio había gestado un pasado que sentían glorioso, no por sus gestas de armas o protagonismos políticos sino por el buen quehacer económico. Según se veían, tenían iniciativa, eran tenaces, sencillos, generosos pero no pródigos, francos y honrados, lo que consideraban un pilar del buen crédito de la villa y de su comercio. También contaban entre las virtudes (o defectos, pues todo es cuestión de perspectivas) cierto corporativismo. Se traducían en colaboraciones entre empresarios locales, en asociaciones mercantiles más o menos esporádicas, en la cooperación cuando comerciaban en el extranjero y en el apoyo a sus instituciones representativas, con las que cerraban filas y a las que transferían la defensa de sus intereses.

El estereotipo sobre la forma de ser de los comerciantes se ajustaba a lo que conocemos del comportamiento histórico de los bilbaínos, si bien con alguna frecuencia la tenacidad trocaba en terquedad, con el empeño de no dar su brazo a torcer, que a veces se expresaba con una sorprendente agresividad, frente a las instituciones provinciales, los pueblos de los alrededores y en el trato comercial. Algunos lo tenían por altanería, un particular orgullo que, según los bilbaínos, había sido fundamental para la prosperidad de la villa.

Cuando se tomaban por sencillos se referían a que en Bilbao no estaban bien vistos los lujos aristocráticos y esto se tomaba como signo de identidad: era una villa de burgueses, no de nobles. Hasta había cierta campechanía interclasista en las relaciones cotidianas, sin que se remarcaran las distancias entre los comerciantes más poderosos y los bilbaínos de a pie. Con todo, las buenas familias solían tener criadas, lo que venía a representar distinción social. De ahí que quienes se sentían clases medias o ascendentes procurasen contratar criadas, para escenificar que no eran menesterosos, y que Bilbao se singularizase así por albergar un gran porcentaje de mujeres, el 54% de la población en 1857, cuando tenemos ya un buen soporte estadístico. Se debía a la importancia que adquiriría el servicio doméstico.

EL COMERCIO Y LA POLÍTICA

En su imagen, los comerciantes bilbaínos entendían que su prioridad era mantener la credibilidad. Todo dependía del crédito, pues la fiabilidad se consideraba la base de los mercadeos, que cuando eran especulativos necesitaban bases seguras. El capitalismo comercial bilbaíno tenía osadía mercantil, pero operaba con riesgos calculados.

Los comerciantes bilbaínos tenían su particular visión histórica¹. Para ellos, la historia de Bilbao era la historia de su comercio y no hay duda de que, por entonces, podía sostenerse que tal actividad había sido su columna vertebral. Tal interpretación se singularizaba por su aparente desideologización. El interés —el interés comercial, se entiende— se convertía en ideología, por encima de las formulaciones políticas. Al menos, en el terreno retórico, que seguramente reflejaba bien la actitud del grupo social. Los comerciantes de mediados del XIX y ellos o sus padres habían combatido por las armas contra el tradicionalismo. Sin embargo, por entonces muchos entendían que tanta lucha liberal había sido contraproducente. Que hubiera sido mejor no estar en la primera línea. Los comerciantes se sentían liberales, pero sobre todo comerciantes, por lo que repudiaban las alteraciones que la revolución había traído. Tantos cambios afectaban negativamente a las transacciones. Les atribuían el retroceso de Bilbao en la jerarquía mercantil.

No es que culpasen a los políticos, a los militares o a ideólogos venidos de fuera. Reconocían su protagonismo liberal, pero lo lamentaban: ojalá

1. «Bilbao, su pasado, su presente, su porvenir», *Villa de Bilbao*, julio, agosto y septiembre de 1858.

no se hubiese producido. Con todo lo que habían supuesto, los sitios de la primera guerra no fueron idealizados ni inspiraron algún bloque de acción política. Su recuerdo se fue difuminando. No ocupó mucho espacio las décadas siguientes, limitándose a la celebración de la Nochebuena, cuando se conmemoraba el aniversario de la liberación bilbaína cuando el durísimo sitio de 1836.

Eran liberales, explicaban la decidida participación en las guerras por su belicosidad natural, pero al mismo tiempo atenuaban sus expresiones de fe liberal. El liberalismo bilbaíno de mediados del XIX no se decía hijo de la efervescencia liberal de la guerra. En su moderación política, que no se compaginaba bien con la experiencia bélica, jugarían dos factores: el comercio como tal no tenía ideología –sí los comerciantes– y para su impulso resultaba necesario algún consenso con quienes no compartían sus creencias. Algunas radicalizaciones antiforales del primer liberalismo y la rápida forma en que se había llevado a cabo el parcial desmantelamiento de los fueros podían suscitar resistencias y provocaron convulsiones. Resultaban inconvenientes, por tanto: el comercio por encima de todo.

Cuando se reposaron las aguas revolucionarias, los límites ideológicos del liberalismo bilbaíno estaban en los intereses comerciales. La revolución liberal había tenido el inconveniente de cambiar las condiciones en que se desenvolvía el comercio, lo alteraba y por tanto menoscababa su rentabilidad. Por tanto, los liberales pragmáticos hubiesen preferido evitar tal conflictividad, no sabemos si a costa de los logros liberales. Al menos, de algunos, hay que suponer. Y no querían tanto protagonismo. El comerciante bilbaíno entiende que la discreción es un requisito para el comercio.

La prosperidad mercantil del XVIII fue la edad de oro, a juicio de los comerciantes del siguiente siglo. Lo explicaban bien: Bilbao tenía dos pilares de su economía, dos grandes circunstancias a su favor: la posición geográfica, como el mejor acceso del norte de la península a los puertos de Francia y del norte de Europa; y su alejamiento de los lugares donde se producían los disturbios y los debates políticos. La marginalidad política formaba parte de ese patrimonio inmaterial y había permitido la vida propia e independiente de la villa y de las provincias vascongadas.

El siglo XIX había terminado con esa Arcadia mercantil. Trajo los disturbios, que perturbaron la vida de la villa y, por tanto, afectaron a las transacciones. Como si lo presagiase, la riada de 1801 trajo a Bilbao una de las mayores inundaciones nunca conocidas. Y el primer gran disturbio fue la zamacolada, poco años después. Bilbao logró impedir los proyectos de Zamácola, el líder de la nobleza rural, que proponía la fundación de una nueva villa en Abando, el Puerto de la Paz, que debería competir con Bilbao, a la que quería arrebatare su papel comercial. La villa consiguió

acallarlos provocando movilizaciones campesinas contra Zamácola, a cuenta de rumores no bien fundados, que terminaron con el proyecto. Dados los procedimientos manipuladores, no fue una victoria gloriosa para Bilbao, pero entraba dentro del rosario de triunfos bilbaínos en la lucha contra el entorno rural, que veían como una lucha por la supervivencia.

Algunos comerciantes bilbaínos tenían sus dudas, sin embargo. Consideraban que, aunque mal presentada, la propuesta de Zamácola era una buena idea, pues habría creado en Abando una expansión urbana bien planificada. Tarde o temprano las dos ciudades se hubiesen unificado y habrían acabado los apuros espaciales de Bilbao, que en 1860 seguía encerrada en sus límites estrechos, que dificultaban su crecimiento. De haberse construido, una única ciudad hubiese mejorado en riqueza, construcción, calles y vecindarios, elementos fundamentales para el progreso del comercio. Lo impidieron la torpe presentación de sus proyectos por parte de Zamácola, como fruto de una inquina antibilbaína, y la obcecación de los comerciantes locales, que se dejaron llevar por los propietarios de casas en Bilbao, en realidad los únicos que hubiesen salido perjudicados.

La peor consecuencia: Bilbao dejó de estar lejos de los conflictos y pasó al primer plano de las conmociones, que se sucedieron los siguientes años. Esta era la interpretación que difundía el periódico *Villa de Bilbao* en 1858.

Luego había venido lo peor, que puso a Bilbao en el primer plano. De entrada, la guerra de Napoleón, por cuanto la respuesta bilbaína motivó que los franceses entrasen a saco. Con todo, no fue un desastre completo, porque no perdió en relación con otras plazas comerciales, pues todas sufrieron por la ocupación, además de que los franceses trajeron sus negocios mercantiles. Después, con la restauración de Fernando VII, el clima mercantil se fue recuperando, pese a la división en bandos, hasta que llegó la revolución liberal de 1820, en la que los liberales situaron a Bilbao en primer plano, lo que fue un paso hacia la ruina, interpretaban los comerciantes décadas después. Hasta el 23, estos años conflictivos significaron la paralización mercantil, que se recuperó en la paz de los siguientes años, si bien los rumores anunciaban nuevas conmociones y algunos capitales se retraían.

Pero el desastre llegó con la guerra carlista. «Un pueblo pacífico», dedicado al comercio, debió de retraerse en vez de convertirse en el centro de la contienda. Empezaron los males con el cólera morbo que azotó a la villa poco antes de la guerra. Después, vino el enfrentamiento bélico, los sitios de la villa. Los bilbaínos lograron salvar Bilbao, pero «en las guerras civiles las victorias nunca son completas». Quedaron las divisiones internas y las secuelas de la guerra en el comercio, agravadas con los cambios de 1841, cuando el traslado de las aduanas, que se unió al final del Consulado de

Bilbao –la corporación que históricamente había defendido los intereses de los comerciantes– y al final de las regalías de que había disfrutado el comercio.

Durante la guerra, el propio Bilbao se había convertido en una calamidad para quienes gustaban de ciertas comodidades. Escasearon los abastecimientos, hubo momentos en los que sólo entraban abastecimientos por mar, y en una cantidad moderada. Algunos comerciantes se marcharon y los tráficos comenzaron a canalizarse por otras plazas. Si antes las perturbaciones económicas y bélicas habían sido mal de muchos, en la nueva tesitura Bilbao fue la población más castigada y la única en sufrir la guerra entre las que competían en el tráfico del Cantábrico.

Los circuitos mercantiles se habían desplazado. ¿Era posible recuperar la senda de la prosperidad? Había algunos problemas que lo impedían. Los medios para recobrar el «vigor primitivo» eran la constancia y la actividad, que todavía los tenía la villa –explicaban–, pero tras la guerra carecía de la unidad deseable. En la literatura de los comerciantes, la prosperidad colectiva exigía dos requisitos: el trabajo individual, que seguía presente en las actividades comerciales, y un centro de acción colectiva para defender la comunidad de intereses. No lo tenía ya Bilbao.

De ahí algunos fracasos, según los comerciantes. En Bilbao subsistían capitales y preparación, pero se abandonaron empresas que se consideraban imprescindibles. Así sucedió con el bacalao, comercio en el que la villa perdió posiciones. Cuando llegaron los apuros no hubo la respuesta necesaria, la de organizar sucursales dentro de esta ruta, para retenerla. Sucedió incluso que fueron los propios noruegos quienes instalaron su sucursal en Bilbao, de forma que se hicieron con este circuito mercantil. La pérdida quedó atenuada por la progresiva integración de los bacaladeros noruegos –que también importarían madera– dentro del mundo mercantil bilbaíno, al que aportaron algunas iniciativas progresistas, pero constituía un buen indicio del declive bilbaíno.

No lo interpretaron como signo de pujanza de la villa sino como manifestación de pérdidas de energía. Sin embargo, el análisis histórico lo identifica más con lo primero que con abatimiento mercantil: en 1847 el comercio bilbaíno promovió un proyecto de ferrocarril Madrid-Irún a través de Bilbao, la primera gran línea ferroviaria imaginada para España. Buscaba acercar Bilbao a la frontera y al centro de España, con los consiguientes beneficios para el comercio, y sobre todo conseguir que la unión ferroviaria entre Madrid y Francia se hiciese a través de Bilbao. El proyecto llevó a que se constituyese la compañía correspondiente y se iniciasen los estudios técnicos. Fracasó, cuando se abatió la primera crisis financiera, pero no cabe atribuirlo a dejadez del capitalismo bilbaíno, aunque aflo-

raron divisiones, sino a que una empresa tan ambiciosa desbordaba sus capacidades. Más bien fue síntoma de vitalidad.

Fracasó, también, un proyecto de crear una línea de vapores que conectasen a Bilbao con puertos franceses, lo que interpretaban los teóricos como una pérdida del «vigor primitivo» de los comerciantes bilbaínos. No obstante, lo cierto es que el volumen de mercancías que atravesaban Bilbao fue creciendo en los años cuarenta y cincuenta. No recuperaba la primacía, pero contaba con elementos básicos para volver a la senda de la prosperidad: casas comerciales con crecidos capitales, crédito mercantil basado en el prestigio y depósitos considerables para géneros ultramarinos y bacalao.

¿Se produciría una nueva era de mejoras mercantiles y prosperidad? De momento, podía la nostalgia por los comercios del pasado.

UNA NUEVA ECONOMÍA

Bilbao había perdido la primacía mercantil y dejado de destacar económicamente, teniendo que enfrentarse a poblaciones vecinas que, de pronto, le igualaban en prosperidad, lo que no había sucedido nunca: tal era un diagnóstico bilbaíno en el periodo de entreguerras. Se enunció aproximadamente quince años después de la primera guerra carlista. La economía del País Vasco pasaba por los apuros derivados de la guerra y las alteraciones políticas que siguieron, pero también sufría la quiebra de los circuitos comerciales tradicionales, una vez que desapareció el tráfico de la lana que había sido el principal negocio bilbaíno durante siglos y se hundieron las ferrerías, incapaces ya de competir con el hierro elaborado de la primera industrialización británica, lo que de momento socavaba también a la minería vizcaína que lo había abastecido.

Las crónicas de la época hablan de la resistencia de los bilbaínos a la postración, pero también de que, cuando mucho, aspiraban a rivalizar con plazas mercantiles que, una generación antes, estaban a mucha distancia.

«Apenas hubo en España población alguna que sufriera con tanta insistencia estragos» como los de Bilbao durante los años treinta y cuarenta del siglo XIX: el dictamen no se ceñía a los daños de la guerra sino al impacto de la crisis y de los cambios mercantiles que se produjeron. En esta visión pesaba algo la añoranza respecto al poderío histórico del comercio bilbaíno.

Según se observaba, a mediados de siglo aumentaban las transacciones y crecía de forma espectacular el número de comerciantes que traficaban en Bilbao. No hay ninguna duda de que globalmente había crecido el volumen de recursos que tenía la villa, pero la percepción coetánea era distinta. Antes era mayor «la riqueza de la villa», porque la medían en el número de ricos, no en la riqueza social o comercial, medida globalmente.